

Pregón de la Semana Santa, pronunciado en la Iglesia de Santo Domingo de Medina de Rioseco, el día 23 de marzo de 1988, por el Excmo. y Rvdmo. Sr. don José Delicado Baeza.

PROCLAMA

Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo

Hago saber:

Que a las ocho y media de la tarde de hoy, veintitrés de marzo, día del serenísimo Santo Toribio, del año de gracia de mil novecientos ochenta y ocho, ante la excelsa imagen de nuestra Virgen de la Soledad, por orden de esta VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, hermandades, cofradías penitenciales y pueblo fiel congregados en la iglesia de Santo Domingo, pronunciará el Pregón de nuestra Semana Mayor, el señor Arzobispo de la Diócesis de Valladolid, Excmo. y Rvdmo. Sr. Don José Delicado Baeza.

Que la voz pública, en lengua cervantina lo airee y pregone por rúas, solanas y corrillos a toque de pardal y redoble de tapetanes.

Así lo mando y que así se cumpla.

El Presidente de la Junta de Semana Santa,

FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ

PRESENTACION

Con licencia del Rvdo. Sr. Párroco de Santa María y Santiago, Don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy ilustre Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, Consejeros del común, Excmas. e Ilmas. autoridades, Cofradías, Gremios y Hermandades de penitencia y pasión, Hermanos Mayores, mujeres y hombres del solar. Amigos todos.

Comienza la andadura de una Semana Santa más, tan profundamente enraizada en nuestra ciudad, en unas fechas que sedimentan el habitual trabajo, alterando el afán cotidiano por el reposo, la meditación, las oraciones que tanto serenar el espíritu cristiano.

Pero no debe de ser nuestra inquietud la semana de la Pasión del Señor.

Sí, nos esforzaremos en estos días con coraje y eficacia, con sentimiento de respeto y de amor, buscando la luz de la verdad en la mirada caliente de ese Nazareno de Gregorio Fernández y sentiremos la esperanza y el bien, en las manos abiertas de nuestra Dolorosa, y en su corazón cargado de comprensión, amistad y confianza.

Y en esos ojos llenos de naturaleza virgen, buscaremos con ansia la alegría de la resurrección para poder decirla, como un grito bíblico: ¡¡SOMOS NUEVOS!!

Como cristianos sinceros buscamos al Cristo vivo, aunque no logremos eliminar la inevitable angustia del misterio podremos exclamar, la Pascua es una maravillosa realidad que hay que vivir.

Y aquí, en Medina de Rioseco. la viviremos con la contemplación de esa imagen. Soledad, realidad y símbolo, fruto de la nueva vida y espejo limpio, que va buscando con el escorzo de su figura. al Hijo resucitado.

Queridos hermanos, amigos, emprendamos la tarea con rigor, seamos cofrades en los desfiles procesionales, y con nuestra meritoria virtud, enseñemos al mundo la grandeza de esta Ciudad, que dio siempre unitario y fervoroso aliento a toda idea de servidumbre a Dios, con tan heroica y tenaz lealtad al mandamiento de los orígenes.

Así es el pueblo, Monseñor, sin literaturas ni altisonantes redobles.

Y así son las imágenes, que cada Jueves y Viernes Santo ilustran el escenario de plazoletas y calles, para gozo de quienes las contemplan.

Ahora vamos a escuchar un pregón. Yo diría una lección magistral. a la que se debe agudizar el oído y la mente.

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Don José Delicado Baeza. Arzobispo de Valladolid, ha mostrado la deferencia de aceptar el compromiso de ser el pregonero de nuestra Semana Santa.

Muchas gracias, Don José, en nombre de esta Ciudad. Sentimos quebrantar su actividad pastoral, pero es que estamos deseosos de escuchar su palabra.

Los hombres y mujeres de estas planicies, que día a día están en continua lucha con el suelo, desean que vuestra palabra penetre en su corazón, fortalezca el espíritu, para dar en guardia y en vigilia, cumplida escolta a sus Cristos y a sus Vírgenes dolientes, en la austeridad de una Semana Santa que deseamos celebrar.

Que se calle el silencio, Monseñor, para que los riosecanos podamos escuchar su pregón.

FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ
Presidente de la Junta de Semana Santa

Pregón

ACTORES EN EL DRAMA MAYOR DE LA HISTORIA

Medina de Ríoseco, de gran importancia histórica por su emplazamiento, que la hace nudo de comunicaciones naturales, con hallazgos neolíticos e interesantes rastros de diversos pueblos, es una ciudad de grandes monumentos, de los almirantes, de la piedad cristiana y, por eso, de las cofradías penitenciales y los desfiles procesionales de Semana Santa: La Cofradía penitencial de la Vera-Cruz, que celebraba ya desde el siglo XVI los actos religiosos en la iglesia conventual de los franciscanos. La Cofradía penitencial de la Pasión, también del XVI, que, hacia finales de ese siglo, consigue las mismas gracias e indulgencias que tenía la Archicofradía de Jesús de la Basílica romana de S. Juan de Letrán y, a no tardar, logra también que los cortejos procesionales adquieran una extraordinaria solemnidad y atractivo popular (sus pasos salen del templo de Santa Cruz, templo grandioso que, ahora restaurado, puede seguir prestando importantes servicios religiosos en continuidad histórica). La penitencial de la Quinta Angustia, con sede en el templo parroquial de Santa María, constituida también en el siglo XVI, que se compromete, entre otras cosas, a la procesión: "Esta Sancta Cofradía el día del Viernes de la Cruz de cada año seamos obligados a hacer procesión solemne lo más devotamente que nos, los dichos cofrades, pudiésemos e Dios nuestro Señor nos ayudase".

Las Cofradías penitenciales tienen sus pasos, que cubren con gran piedad y riqueza escultórica la escenificación de la Pasión del Señor. Con la entrada devota de la Virgen de la Soledad, en su dolor expectante de la Resurrección del Señor, termina este itinerario procesional de la Semana Santa.

Estas procesiones son como una representación escénica, aunque itinerante. Unicamente las libraré de ser teatro -con todo lo que este término tiene de peyorativo aplicado al acontecimiento de la Pasión- si el pueblo toma conciencia y se generan actitudes profundas que haga pasar a los creyentes de ser meros espectadores a ser verdaderos actores y seguidores del protagonista del drama. Es un drama siempre vivo y actual, y aunque no se cayera en la cuenta, se es inevitablemente actor en contra o a favor: "Quien no está conmigo está contra mí" (Mt 19,30), dice Jesús mismo.

Para cobrar conciencia, podemos dividir este pregón en tres actos y una secuencia final:

1º Las causas, históricas generadoras del drama, como permanente riesgo para todos.

2º Las actitudes y los sufrimientos del héroe-protagonista.

3º El sentido y la misteriosa eficacia de su pasión y de su entrega.

1º LAS CAUSAS HISTÓRICAS GENERADORAS DEL DRAMA, COMO PERMANENTE RIESGO PARA TODOS

"Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperaba sedienta y buscaba agua en los espejismos del desierto; y el guía les decía: "No por allí, por acá". Y así varias veces hasta que hastiada aquella caravana uno sacó una pistola y disparó sobre el guía, que, agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: "No por allá, sino por aquí". Y así murió señalando el camino." (Mons. Oscar A. Romero.)

Esto lo predicó Mons. Oscar Romero en la homilía del funeral de un sacerdote asesinado por su servicio profético al pueblo. A él también le sucedería poco después lo mismo. Pero en quien se cumple perfectamente es en Jesús. Sus brazos abiertos señalan la dirección: la plegaria al Padre en favor de los hombres y el abrazo a todos. Antes, en la arena del desierto, están las huellas de sus pies, dejando un camino de servicio: las huellas del Siervo de Yahvé, que resulta incómodo. Los que le matan creerán salvar al pueblo, pero se quedarán desorientados y perdidos para siempre en la inmensidad del desierto si no siguen el camino que él les señala.

Contemplemos el desfile de los pasos; evoquemos las escenas que representan. Preguntémonos por su causa histórica. Ahí están las pasiones de los hombres: El odio de Caifás, la cobardía de Pilato, la sensualidad de Herodes, la ambición de Judas, el miedo de sus seguidores. Y un enorme malentendido. ¿Qué es lo que ha puesto en marcha todo esto? ¿De qué se le acusa? Porque Jesús acaba de una manera trágica; pero las cosas no suceden sin justificación humana, sin que los hombres razonen sus decisiones.

Conviene que un hombre muera por la salvación del pueblo. La verdad es que los jueces de esta causa no encuentran motivo, pero todos terminan condenándolo. Es como si sólo uno disparase por una ciega pasión, pero interpretando de algún modo el oscuro deseo de todos. Hasta el pueblo lo pide colectivamente: "¡Crucifícale!". Pilato no quisiera firmar la sentencia y, sin embargo, se lava las manos. Al reo se le reconoce la inocencia, pero se le condena. Hay algo que no

funciona bien en esta decisión; acaso sea todo el sistema que regula el comportamiento de los hombres de una manera efectiva.

Porque ¿qué ha hecho? Ha vivido humildemente, solícito por todos con una predilección muy marcada por aquellos que más sufren o están más desasistidos. Ha curado, ha perdonado, ha iluminado las conciencias con su palabra, ha infundido esperanza, ha alimentado a los hambrientos y consolado a los tristes; ha defendido a los pobres frente a los ricos, a los débiles frente a los poderosos; ha señalado los caminos de la justicia, de la fraternidad y de la paz a todos los sedientos: "No por aquí, sino por allá". Ha amado a todos hasta el fin. Pero alguien ha dicho: "¡Conviene que muera!" (Jn 18,14), y el eco de la multitud irresponsable ha repetido: "¡Crucifícale!" (Mc 15, 14).

Se ha enfrentado él solo a esta irracionalidad y ha sido hallado culpable. Molestaba demasiado. Los que viven en la verdad con todas las consecuencias siempre molestan a los que prefieren vivir en la mentira. Y él ha tenido la osadía de decir que era la Verdad misma. Los justos son incómodos en una sociedad injusta, y hay que excluirlos. ¡Cuánto más al Justo por excelencia! Ese es su delito. Se ha manifestado como el Salvador y el Mesías, y es uno de tantos. Muere apartado por los hombres de una sociedad que no ha podido tolerar ni sus palabras ni su comportamiento.

Jesús se ha quedado solo: Ni los zelotas revolucionarios, que lo encontraban blando y pacifista; ni los saduceos, que no querían cambio; ni los fariseos, legalistas y rigurosos en su interpretación moral, que malinterpretaban su predicación evangélica y su indulgencia con los pecadores; ni el pueblo, ávido siempre de eficacia inmediata en obtener ventajas temporales; ni los jefes civiles o religiosos de entonces; ni siquiera sus discípulos, que no terminaban de entenderle: Nadie le comprendió finalmente. Había abierto un camino especial que nadie seguía.

Y por añadidura Dios parece abandonarle. Es una causa histórica perdida. El mundo es así; no nos engañemos. ¡Las pasiones de los hombres, las justificaciones humanas, las corrientes de opinión, las manipulaciones...! ¿Quién se podrá oponer a esas corrientes del mundo, que no sea arrastrado y triturado por ellas?

A pesar de todo, el amor de Dios está en el fondo de todo esto. Y ésta sí que es una pasión capaz de vencer a todas las demás. Por eso Jesús va a su propia pasión, y nos dice que tenemos que ser santificados en la verdad y dejar de una vez para siempre la mentira, que tenemos que ser justos, pase lo que pase. El justo padecerá persecución. Lo dice S. Pablo: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (2 Tim. 3, 12). Pero Jesús añade: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 10).

No hay otra manera de ser cristiano verdadero y hombre con pleno sentido de la dignidad humana. Apartarse de la verdad, de la fraternidad y de la justicia es perderse en el desierto del egoísmo, cada vez más exigente y cruel.

2º LAS ACTITUDES Y LOS SUFRIMIENTOS DEL HEROE-PROTAGONISTA

"En la oda "A la alegría" de Schiller se dice:

"¡Aguantad valientes, millones!
¡Aguantad por un mundo mejor!
Arriba sobre la tienda estrellada premiará un gran Dios".

Iván Karamasov narra, en contra de esta teodicea del idealismo alemán, en la novela de Dostoyevski, la historia de un pobre joven que, jugando, pegó con una piedra al perro de caza de su amo. El señor lo hace apresar y a la mañana siguiente, hace que la jauría le dé caza y lo despedace." (Jürgen Moltmann.)

Iván da rienda suelta a su indignación por este hecho y muestra querer salir de este teatro del absurdo: "Así que me apresuro a devolver mi billete. No es que no acepte a Dios, Alioscha; pero le devuelvo con el mayor respeto mi billete. A Dios lo acepto, compréndelo, pero al mundo que creó, al mundo de Dios, no lo reconozco, no puedo decidirme a admitirlo".

El protagonista de nuestro drama, Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, entró en la sala alucinante de este mundo, pero no devolvió la entrada, sino que se adentró él mismo en lo más hondo del sufrimiento y de la incoherencia humana, menos en el pecado (Heb. 4, 15). El sufrió como ese joven, despedazado por esa jauría de perros, ante su madre y mucho más que él.

Jesús aceptó las humillaciones de su pasión para señalarnos el camino de la verdad, que es el de la humildad. La soberbia nos ofusca y nos pierde; es la raíz de todo pecado, y adopta diversas ramificaciones y formas. Jesús practicó la humildad; el Hijo de Dios se inclinó sobre la tierra ("humus"), y así abrió el camino de comunión maravillosa de todos los hombres con Dios ("obediencia": escuchó y cumplió la voluntad del Padre, que era de salvación para todos los

hombres, y "humildad": se hundió hasta el fondo, anonadándose, en la ciega condición humana). "Obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz" (Flp 2,8), dice S. Pablo.

La plena comprensión de la obediencia y humildad aparece sólo a partir de esta docilidad y anonadamiento del Verbo. Es un movimiento descendente contrario a la exaltación desorbitada que produce la soberbia de querer ser como Dios, opuesto a la rebeldía y al deseo de dominar desde el egoísmo, que pasa por encima del prójimo sin que importe nada con tal de alcanzar los propios intereses. Este es el gran pecado del hombre de todos los tiempos.

Pero Jesús, que había elegido el camino de Siervo, es decir, que había sido dócil en seguirlo en cumplimiento de la voluntad del Padre durante toda su existencia histórica, en su pasión fue abatido trágicamente por las humillaciones que le infligió la crueldad humana en su ceguera.

Hay tres momentos en que el hombre, conducido por sus pasiones aplasta al inocente, y Jesús en estos tribunales de la injusticia humana, sufre las consecuencias en unas humillaciones-límite, es decir, prácticamente insuperables: no pueden darse otras mayores.

Ante el tribunal de Caifás: El supremo valor para Jesús es hacer la voluntad del Padre, amarle y obedecerle siempre. Esa es su comida; para eso ha venido a este mundo. ¿De qué se le condena? ¡De blasfemo! Es decir, de todo lo contrario. Y es una condena que parece justificada ante toda la asamblea.

Ante el tribunal de Herodes: Como hombre, el mayor motivo de estima es tener la cabeza bien puesta, ser inteligente, pensar bien, tener razón. Jesús es el esplendor y sabiduría del Padre, la misma Palabra de Dios hecha carne. Para eso ha venido, para ser luz del mundo, a fin de que los que le sigan no vivan en las tinieblas, sino que tengan la luz de la vida. ¿De qué se le condena? ¡De loco! En este plano no puede darse una humillación mayor.

Ante el tribunal de Pilato: Ya es bastante humillación que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, pase por uno de tantos, como dice S. Pablo. Todos, cuando nos relacionamos con los demás, tenemos un instinto de autoestima y superación. ¿Somos los mejores? Al menos sufrimos si nos parece que no es así. A Jesús se le compara con el que ante la sociedad de su tiempo parecía "el peor", Barrabás, y sale perdiendo. Pero no por la opinión de uno o unos cuantos, sino ante todo el pueblo; en masiva "opinión pública". ¿Puede haber humillación más extremosa y radical en este punto?

Todas estas humillaciones las aceptó y sufrió Jesús, además de las de su propio "vía-crucis" y su fin trágico en el Calvario.

Pero ¿cómo fueron sus sufrimientos físicos, si estos sufrimientos morales fueron tan grandes e insuperables?

Aquellos sufrimientos que pretenden compensar la fiebre desmedida que aqueja al hombre de gozar a toda costa, sin atenerse a la conciencia del bien ni al amor que se debe al prójimo. La felicidad está en el hedonismo sin fronteras ni normas: la comodidad y el confort; la sensualidad y el sexo de las mil exigencias; las drogas y las servidumbres multiformes de un materialismo que ha roto su dependencia del espíritu. Esto puede estar más matizado en unos u otros. Pero si se descuida el ser humano, sus instintos se le escapan en esa dirección y tarde y perezosamente atiende a un deber que exige generosidad y sacrificio.

El dolor es para el hombre no sólo un enigma, sino que, al empaparle existencialmente, se convierte en un misterio que suscita rebeldías o docilidad: hace rebeldes o santos.

Jesús lo aceptó plenamente: la flagelación, la coronación de espinas, la humillante y penosa peregrinación pública hacia el Calvario, la crucifixión, la asfixia, la horrible muerte. Así, destrozado, murió ante la mirada de la Madre. Empezando a recitar el Salmo 21. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre. Me acorrala un tropel de novillos, me cercan toros de Basán; abren contra mí las fauces leones que descuartizan y rugen... Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica". Este salmo, más que una profecía de futuro mesiánico, parece la descripción histórica de hechos conocidos del pasado. El final es un cántico de alabanza y alegría, de acción de gracias por el triunfo sobre la muerte. Se vislumbra la resurrección de Jesús: "Lo recordarán y volverán al Señor hasta los confines del orbe; en su presencia se postrarán las familias de los pueblos. Porque del Señor es el reino, él gobierna a los pueblos. Ante él se postrarán las cenizas de la tumba, ante él se inclinarán los que bajan al polvo. Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá, hablarán del Señor a la generación futura, contarán su justicia al pueblo que ha de nacer, todo lo que hizo el Señor".

Pablo, un gran cristiano de los primeros tiempos, dice que completa en su propia carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Iglesia (Col 1, 24). Ha recorrido el mundo para anunciar a Cristo. Ahora está preso por la misma razón. No le alegra el sufrimiento por el sufrimiento; pero vive con paz y hasta con alegría, porque sus tribulaciones no sólo no le impiden anunciar el Evangelio, sino que le permiten transmitir el "mensaje completo" a la manera de Cristo, es decir, en el sufrimiento. Los sufrimientos son un componente fecundo del seguimiento de Cristo, factor con frecuencia inevitable. A la luz del valor y de la eficacia de los sufrimientos de Cristo se puede intuir el sentido de todos los demás cuando se le unen por la fe y la oblación confiada.

3º EL SENTIDO Y LA MISTERIOSA EFICACIA DE LA PASION Y DE LA ENTREGA DE JESUS

¿Puede salvar a alguien la muerte de un hombre?

"Ha habido siempre necesidad de santos y de todo tipo de santos, pero hoy necesitamos un tipo especial... Pienso en ti, padre Maximiliano Kolbe, cuya figura ejemplar encarna de la manera más profunda la revolución contra el horror de nuestro tiempo, en el que, como decía tu padre S. Francisco, el amor no es amado. Te veo mártir de nuestros días en el campo de concentración" (Daniel Rops).

El padre Kolbe (ahora ya S. Maximiliano Kolbe), sencillamente, casi sin ser notado, cambia su vida por la de otro hombre, es decir, acepta la muerte por salvar a otro, al ex-sargento polaco Franciszek Gajowniczek. Y va a la muerte no sólo por salvar al décimo de la lista, sino también para ayudar a morir a los otros nueve. Jesús, al instituir la Eucaristía, es consciente de que su sangre será derramada por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados (Mt 26, 28).

En el Antiguo Testamento el sufrimiento de los jueces y de los profetas es consecuencia de su misión, porque resultan molestos para una sociedad que no los puede tolerar; pero este sufrimiento nunca había sido valorado como un principio salvador, sino más bien como estímulo y ejemplo: no existía la idea de que el dolor y la muerte pudiesen ser aceptados en expiación por los pecados del pueblo.

El Siervo de Dios será perseguido como consecuencia de su rectitud y de su misión insobornables. La novedad, especialmente manifestada en el Nuevo Testamento, es que la pasión y muerte de Jesús, aceptadas y ofrecidas, son un sacrificio expiatorio por los pecados del pueblo. La idea de la solidaridad en el castigo y en la victoria, y la de la alianza, pertenecen al núcleo de la descripción del Siervo de Yahvé, núcleo en el que el Antiguo Testamento alcanza su más alta cumbre. El sufrimiento y la muerte del Siervo son presentados como la más extraordinaria intervención del Dios salvador. Pero es el Nuevo Testamento el que completa la revelación atribuyendo una misteriosa eficacia salvífica al sacrificio de Cristo, que entrega su vida por la redención de todos los hombres. Jesús tiene conciencia de ser el paciente Siervo de Yahvé que incorpora y hace suya la salvación de los hombres, y sabe que no es la voluntad de los hombres, sino la del Padre la que le ofrece el cáliz del dolor. Los hombres pueden matar, pero, cuando matan, no dan sentido a la muerte. El sentido lo da la intención del que la acoge y el amor que pone en su entrega; en este caso no sólo en Jesús, sino también el amor salvador que existe en los designios del Padre.

"Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras" (1 Cor 15, 3), resumirá S. Pablo. La muerte de Cristo es el sacrificio de la Nueva Alianza (1 Cor 11, 23-27; 15, 3). Y se designa en términos sacrificiales: Cordero pascual inmolado por nosotros (1 Cor 5, 7); sacrificio ofrecido por nosotros (Ef 5, 2); la sangre de Cristo es el sacrificio expiatorio, "sacrificio de propiciación" (Rom 3,23-25). La muerte que Cristo sufrió no le era debida a él, el Justo, sino a nosotros, los pecadores. En la muerte de Cristo se da una especie de sustitución, en cuanto Cristo ocupa un lugar que no le corresponde a él, sino a nosotros (el padre Kolbe y el ex-sargento polaco). Podríamos rastrear infinidad de textos del Nuevo Testamento: Todo ello por libramos de la muerte eterna, que merecíamos por nuestros pecados, y darnos la vida eterna, que no nos merecemos en absoluto.

No es una simple muerte ejemplar de un profeta o testimonial de un justo para nuestro estímulo. Es una fuente de vida, de perdón y de transformación de la Humanidad. Muerte "vicaria". En la reflexión sobre los datos revelados se acude de una manera balbuciente a imágenes complementarias por imperfectas y parciales: la litúrgica del sacrificio, la jurídica de la satisfacción, la social de la redención, la moral del mérito. En el fondo están la obediencia y el amor de Jesús, que restaura cumplidamente lo que nuestra desobediencia y egoísmo destruyen en el hombre, porque el Padre acoge misteriosamente en su amor misericordioso y asume vicariamente esta ofrenda como una entrega, obediente y amorosa, de toda la Humanidad pecadora. Cristo en la cruz no nos ahorra el sufrimiento y la muerte, ni la necesidad de ser pequeños y sencillos para poder creer; pero nos salva realmente, nos transforma con su gracia, nos ofrece la posibilidad de dar sentido también a nuestros propios sufrimientos y a nuestra misma muerte. Es nuestra vida entera la que se pone de una manera nueva ante Dios: siendo pecadores, nos ofrece la posibilidad real de ser santos.

Así la muerte de Cristo es la expresión máxima del amor de Dios, que triunfa finalmente en el hombre. La obra salvadora que nos viene de ella es un don de Dios a la Humanidad, para ofrecerle la posibilidad de que cada hombre, en su libertad y en la gracia salvadora, de rebelde y egoísta, se pueda convertir en hijo en el Hijo y hermano de los demás

hombres en el Hermano mayor, Cristo Jesús. De un hombre cerrado y en inevitable destino de perdición o de muerte eterna, se le ha dado la posibilidad de vivir abierto a Dios y a los hombres para siempre. Como Jesús. Pero para esto hay que aceptar libre y fielmente el don ofrecido y seguir a Jesús. No hay otro camino de salvación y de vida.

SECUENCIA FINAL

"Cristo podría estar clavado en la cruz hasta el fin del mundo. Con esto sólo, la clase obrera aún no estaría salvada. Es imprescindible que reflexionemos seriamente sobre ello. Ir a misa y comulgar todos los días es muy bueno. Pero si nos contentásemos con esto, si no hiciéramos más que esto, la clase obrera estaría perdida. Es tan importante lo que afirmamos que es necesaria toda nuestra atención y buena voluntad. De nuestra actitud depende la salvación de la clase obrera y el porvenir de la Iglesia" (José Cardijn).

La redención es, en la obra de Cristo, real y verdadera; pero, a fin de que sea completa y eficaz en las personas, es menester que esa salvación sea acogida y correspondida por cada una. O lo que es lo mismo: si Cristo pasa y nos llama, es absolutamente imprescindible seguirle. La procesión está en marcha, levantémonos y marchemos nosotros también. Sigamos a Cristo.

Es él quien nos llama: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga" (Mt 16,24).

Tenemos dificultades, tentaciones, obstáculos exteriores; somos débiles. ¿Qué hacer para no sucumbir, para no dejarse arrastrar por la corriente? Contemplar a Cristo: También él sufrió y fue tentado y cargó con la cruz y amó hasta el fin. El ha asumido la naturaleza humana con todas las consecuencias y ha experimentado su debilidad y su capacidad de sufrimiento. Por eso nos "compadece", y nos da fuerza para ser perseverantes. Pero nos pide vigilancia y oración, imitación de él y seguimiento. El es el camino. Así nos mantendremos firmes en el Señor, como nos recomienda S. Pablo (Flp 4, 1). Quien se dispone de esa manera no se dejará seducir ni manipular por la publicidad o las modas frívolas o materialistas o por los cristianos laxos, porque su "firmeza en el Señor" le dará una alegría interior y una fuerza que le hará testigo de la esperanza y de la resurrección. Se trata de la actitud comprometida del que experimenta la fuerza de la gracia y confía en la victoria, es decir, de la fuerza de la resurrección de Cristo que ya actúa en él por su Espíritu.

No cabe imaginarse a un cristiano auténtico sin esta decisión sincera; sin energía, sin esperanza y sin deseo de amar. Por eso el camino del seguimiento de Cristo se convierte en un camino de fidelidad al Señor y de servicio a los hombres, porque Cristo, al cargar con la cruz de su amor a todos, se convirtió en "el Hombre para los demás".

La seguridad para los creyentes que peregrinan tras las huellas de Jesús es firme, cualesquiera que sean los obstáculos externos y los estados de ánimo, porque tienen la convicción de que ya no están abandonados a sus propias fuerzas ni a las presiones exteriores, sino que su fuerza es el Señor, que ha venido a compartir con ellos la peregrinación y se ha convertido en "camino", verdad y vida nada menos. Cristo marcha en cabeza y es el primero en llegar a la casa del Padre, y María, adelantada en la fe, le acompaña inmediatamente. María le acompaña siempre y especialmente en el camino del Calvario: allí estaba su Madre, "junto a la cruz de Jesús" (Jn, 19,25). Por eso escribe Juan Pablo II en su encíclica del Año Mariano, "Redemptoris Mater": "Jesucristo, en efecto, con su muerte redentora vence el mal del pecado y de la muerte en sus mismas raíces". Pero es allí donde nos entrega a María como Madre de todos los redimidos. "Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz significan que la maternidad de su Madre encuentra una nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan" (RM 24).

Por eso, Cristo en su misterio pascual, muerto y resucitado, es el camino viviente que todo hombre tiene que recorrer para poder salvarse y servir a los demás, y María es la Madre que nos lo señala y nos ayuda a recorrerlo como ella. Vuestra procesión, que termina con la entrada de la Virgen de la Soledad en su dolor expectante de la resurrección del Señor, es todo un símbolo.

JOSE DELICADO
ARZOBISPO DE VALLADOLID